

LA PRIMERA RUPTURA

LA satisfacción democrática que pueden producir los resultados de las elecciones municipales, cuando la segunda vuelta confirme la elección de alcaldes de los partidos de izquierda, es que van a suponer un equilibrio a la ansiedad dominadora del partido del Gobierno. Es evidente que las elecciones municipales no están hechas para eso, ni los Ayuntamientos deben suponer en la teoría una respuesta al poder central. Pero, en la práctica, ese funcionamiento va a ser así. Los españoles están tan acostumbrados —desdichadamente acostumbrados— a que el poder local fuera durante cuarenta años una prolongación del poder estatal que no va a ser ahora fácil acostumbrarles a pensar de otra manera. Era así por doctrina, la doctrina fascista de las "células básicas de la sociedad" —familia, municipio, sindicato—, y la realidad es que así funcionó. Sobre todo, en el municipio. Porque, además de la doctrina, estaba la entrega del poder local a los alcaldes de compensación —por servicios prestados en otros y muy diversos ramos— o los que se preparaban en el puesto para otro mayor: la combinación de paso de las Alcaldías a Jefaturas Superiores de Policía y Dirección General de Seguridad indicaba ya aquello que se esperaba del alcalde en las ciudades. Y el ejemplo más ilustre fue el de Arias Navarro, que llegó a presidente del Gobierno desde la Alcaldía de Madrid, a la que había accedido también después de una serie de servicios prestados en actividades de represión.

UNA de las razones para que las Alcaldías se conviertan ahora en respuesta al poder central está en las autonomías. El ascenso de partidos nacionalistas es al mismo tiempo lógico —¿qué más normal que confiar la defensa de intereses locales a quienes los exaltan?— y muy indicativo: de una configuración futura del Estado español en formas federales, quizá por las distintas vías conocidas en el mundo —Estados Unidos, Suiza, Alemania Federal— que proporcionaron algunos de los Estados más sólidos y más unívocos de la actualidad, bien por otras que se pactan. UCD ha pagado en estas elecciones algún tributo a su reticencia a los pactos autonómicos.

HA pagado algunas cosas más. Ha pagado el descaro de la investidura sin debate y sin programa. La derecha no puede reprimir ese instinto de dominio

Si esta primera ruptura se consagra, si los partidos de izquierda no se dejan llevar por el triunfalismo, pero tampoco vuelven a caer en el pactismo, la política en España puede cobrar otras dimensiones.

(Reunión PSOE-PCE en Madrid.)

que le viene, no ya de cuarenta años atrás, sino de siglos atrás; ese complejo de superioridad y de poder hacer lo que quiere. Una arrogancia, una soberbia de la que pareció que se iba a librar UCD en un principio, pero que probablemente es más fuerte que ella, como todas las cuestiones de carácter y de comportamiento filogenético. Todavía estaba presente en la displicencia y el desdén de Martín Villa en su última conferencia de prensa sobre los resultados municipales, y en su forma de presentar los resultados como una cuestión de número global de concejales y de un enfrentamiento único entre UCD y PSOE, para que se viera la ventaja de UCD, cuando el problema no estaba ahí. Todavía estaba presente en el secreto de Adolfo Suárez respecto a su Gobierno, dejando en la ansiedad a sus más próximos colaboradores. Toda esa arrogancia, probablemente, ha de haber coleccionado votos para la izquierda, ha de haber arrastrado a las urnas a quienes habían decidido abstenerse y se encontraban de pronto con el riesgo de otra forma de dictadura. La izquierda había denunciado que la sesión de investidura iba a ser un exceso de propaganda electoral para las municipales; con su escasa capacidad profética —según su actuación de los últimos tiempos— no sospechaba siquiera que podría ser una propaganda inversa, que retirase votos a sus protagonistas porque se apresuraron antes de tiempo a mostrarse como son.

EL paso de algunas de las Alcaldías más importantes de España a la izquierda, si no se producen —y sería suicida que se produjeran— regateos en los apoyos mutuos o cesiones ante la coacción y las promesas del poder, podría, por lo tanto, representar en la práctica un equilibrio o un freno a los excesos del poder gubernamental, si se produjeran.





En la propia plaza de la Villa, de Madrid, la Policía Nacional reprimió con dureza el júbilo de los militantes de la izquierda.

PERO la ventaja democrática podría convertirse en una situación diabólica si las grandes ciudades con alcalde de la izquierda y el poder gubernamental de la derecha entablaran una lucha política a lo largo de los próximos cuatro años. Nadie pensará, naturalmente, que las sesiones municipales en las que se discute la vida de la ciudad —"polis"— no vayan a ser políticas; tienen que serlo. Pero nadie pensará tampoco que el Gobierno vaya a promover ahora una Ley de Administración Local que recorte los poderes municipales, o que en la política general del Estado se vaya a discriminar Ayuntamientos que tengan mayoría de izquierdas. Porque, si fuera así, habríamos entrado en una extraña guerra civil, en una absurda división de ciudades o regiones buenas y regiones malas. La idea de que en los próximos cuatro años las ciudades con Ayuntamientos de izquierda se vieran discriminadas en planes de obras públicas, viviendas, red de carreteras, instalación de industrias o las mil prebendas, visibles o invisibles, que puede dar el Estado es inadmisibles. Tan inadmisibles como que los nuevos alcaldes surgidos de la oposición organizaran luchas cantonales o formaran "bunkers" locales.

EN otros países europeos no sucede esto; y no sucede porque el tema de separación entre lo local y lo general está bien trazado, porque tiene tradición y tiene antigüedad. Son cosas que le faltan a la democracia española: es nueva y está viciada. Viciada por la vieja forma totalitaria.

EN todo caso, y contando con el civismo de todos los partidos, nos encontramos frente a la primera gran innovación de la política española desde la muerte de Franco. La organización estatal, desde entonces, ha ido derivando, por la vía de las reformas, de una manera muy lenta y muy escasa, hacia ciertas novedades: el sostenimiento de la herencia del régimen anterior por las personas y por el orden de las cosas ha producido el "desencanto" por su escasez. El paso de las Alcaldías a personas de la izquierda, sobre todo de Alcaldías de elevados presupuestos y de manejo de intereses inmensos, es algo más que una reforma: es una ruptura. La primera ruptura verdadera con respecto al pasado. En manos de las fuerzas políticas que van a regir esas Alcaldías desde la izquierda está que la ruptura sea visible, sin que signifique, sin que tenga que significar necesariamente una guerra contra el Estado. Será tal vez la primera ocasión que tengan muchos ciudadanos de percibir que elementos que dominan su vida han desaparecido en el sentido de la libertad; que presiones, coacciones y alcaldadas han cesado; que se borra la arbitrariedad, las sospechas de corrupción, el abuso de autoridad —lo cual no quiere decir que los nuevos alcaldes no muestren su autoridad, sino que su autoridad sea otra y en otro sentido—. Si esta primera ruptura se consagra, si los partidos de izquierda no se dejan llevar por el triunfalismo, pero no vuelven a caer en el pactismo, la política en España puede empezar a tener otras dimensiones. Y el futuro puede empezar a verse con menos pesimismo.

Esto es, todavía, una esperanza. ■

LA PEQUEÑA UNIDAD

LOS acuerdos entre el PSOE y el PCE, extensibles donde sea necesario a otras formaciones, para la creación de Ayuntamientos democráticos no son ni siquiera un embrión de unidad. Las declaraciones de los dirigentes son modernas, reservadas, restringidas; no habrá programa común ni compromisos específicos; será una "negación muy compleja" con "muchas cosas que discutir". No puede haber, sin embargo, vuelta atrás ni cambio de alianzas: las bases y los electores no lo perdonarían nunca. Los dirigentes tienen, aparte de su voluntad, un mandato claro que cumplir.

Pero gracias a ellos tendremos Ayuntamientos democráticos en una veintena de grandes ciudades y otros muchos en poblaciones menores. Lo cual tiene una importancia decisiva.

Al hombre de izquierdas le queda una esperanza en esta pequeña unidad. Se le da el ejemplo de lo que, lejanamente, podría ser si se abolieran prejuicios y soberbias. No se pide mucho más. La izquierda es una pluralidad, de la que participan agrupaciones más lejanas o menores; nadie pretende que cada identidad se pierda en lo que debe ser una riqueza. Aunque pueda causar asombro —y "desencanto"— que a veces se haya perdido identidad por otros compromisos, por tácticas o por estrategias de muy poco rendimiento. O incluso contraproducentes. Y que, sin embargo, se defiendan ferozmente esas identidades cuando se trata de acuerdos de izquierda con izquierda. Las mismas evocaciones negativas que se hacen del Frente Popular participan del irrealismo. El Frente Popular fue una alianza defensiva, con una razón tan clara que quedó demostrada muy poco después; en gran parte el fracaso ante la agresión se produjo por la insuficiencia del acuerdo. Que haya sido descrito después por los agresores como un intento de agresión no puede influir, para las gentes de izquierda, en una apreciación errónea de la realidad.

Nadie pide tanto como un Frente Popular en estos momentos. Ni siquiera una gran unidad. Lo que piden los electores de izquierdas, y una gran parte de los militantes que no están demasiado imbuidos por los juegos de las tácticas, es que los partidos de la izquierda no se hagan la guerra entre sí, que no se destruyan mutuamente. Que sepan ahondar en aquello que tienen de común sin dejar de tratar y de debatir aquello que les separa.

La pequeña acción coyuntural de los acuerdos municipales debe llevarse adelante hasta la consecución de Ayuntamientos democráticos, y debe prolongarse después. No servirá de mucho la colocación de un alcalde si luego ese mismo alcalde se ve en minoría o desasistido por el otro partido, por la irrupción de votos negativos en temas concretos o por cuidadosas y estudiadas abstenciones. Los partidos de la izquierda deben recibir bien clara la lección de un electorado que ha sobrepasado la escasez de sus campañas municipales y les ha llevado a las Alcaldías. Esta vez no pueden defraudar. ■